

# ¿Quién es Barnabooth?

Por Alvaro MUTIS

Vamos a evocar esta tarde\* la figura, hoy casi por completo olvidada, del rico amateur, del multimillonario peruano, hijo de americano y australiana, A. O. Barnabooth. Nos ocuparemos también de sus obras: un cuento corto con mucho de fábula moral y un breve número de poemas. Las circunstancias de la aparición en el mundo de las letras del personaje, la razón de su existencia, pertenecen tan por entero al mundo particular de las preferencias, al marco de la vida de su autor y artífice, que ambas se mezclan y confunden en muchos puntos, cuando no van paralelas por larguísimo trecho. No faltan antecedentes de este fenómeno en la historia de las letras: todo lo que de Hamlet tenía "el viejo Will", lo quijotesco de don Miguel de Cervantes, la identidad de Julian Sorel con Henry Beyle, el Lucien de Rumbempré que escondió siempre en su obesa humanidad el sufrido Balzac, todo lo que de Wolkonski había en Tolstoi y la sorprendente mas harto comprensible aclaración flaubertiana sobre aquello de que "Madame Bovary soy yo". Los ejemplos podrían multiplicarse en inmenso número, tantos como obras perdurables tiene la literatura universal. Pues bien, la identidad existente entre A. O. Barnabooth, el rico amateur y Valery Larbaud, el amable erudito y hombre de letras por excelencia, heredero de ricos manantiales y vastos hoteles en Vichy y dueño de una gran fortuna, esta identidad sólo deja de existir cuando el personaje cumple con ciertos dictados del destino que le es imposible atender al autor. Y esto es natural si se tiene en cuenta la ilimitada libertad de que gozaba Barnabooth en manos de quien tuvo tan poca en la infancia y casi ninguna en los sombríos años en que la parálisis lo dejara inmóvil y mudo hasta el día de su muerte.

Hablemos un poco de Larbaud, de Valery Larbaud — siempre con la mente puesta en Barnabooth, que cuando lo hagamos con éste será en Larbaud en quien tengamos que pensar.

Descendiente de una severa familia protestante del bourbonais, Larbaud vive su niñez y su infancia bajo el dominio implacable de la voluntad materna. De niño viaja a España, aprende el español hasta escribirlo correctamente —más tarde, autor famoso, publicará en *La Nación*, de Buenos Aires, largos artículos escritos en un castellano fluido y eficaz—, en otras vacaciones viaja a Italia, un nuevo idioma se suma a su acervo lingüístico que cuenta ya también con el inglés — una buena parte de su *Diario íntimo* lo escribirá en este idioma. Visita Alemania. Vive largas temporadas en Suiza. Conoce la tranquila modorra de los grandes Palace, el ocio lujoso de los hoteles con liftier de librea y cuyos amplios comedores con mucho de invernadero y profusa escultura en yeso fin de siglo, se llenan a las horas de comida de parejas de distraídos ingleses con anteojos de armadura de oro y manos temblorosas; de prusianos de mirada intensa y hábitos preciosos y de sudamericanos de voz lenta y cabellos oscuros impecablemente peinados, que gastan las inmensas fortunas de las chacras de las pampas, de las salitreras chilenas, del guano del Perú y del café de Colombia.

Una salud endeble lo libra del colegio y su educación corre por cuenta de institutores que lo preparan en su casa durante las largas convalecencias. Llega la época del colegio y es internado en el de Sainte-Barbe des Champs, allí descubre dos elementos que serán fundamentales en su formación: el cosmopolitismo de un colegio en donde estudiaban hijos de ricos armadores ingleses, de industriales de Pittsburg, jóvenes suramericanos multimillonarios y los hijos de los maharajas indúes que buscaban en Francia un barniz occidental que molestaría particularmente a los amos ingleses: Este cosmopolitismo será un rasgo definitivo y definitorio de la obra larbaudiana. El otro elemento es la religión católica, que atrae poderosamente a este hijo de severos protestantes y que muy pronto abrazará cuando llegue a la mayor edad. Estudiante modelo, sus estudios progresan y se amplían y como premio de su esfuerzo en las vacaciones le esperan nuevos viajes. He aquí algunos de sus itinerarios que luego serán los mismos, o casi, de Barnabooth: en 1898, a los 17 años: Burdeos, San Sebastián, Burgos, El Escorial, Madrid, Toledo, Córdoba, Sevilla, Ronda, Algeciras, Gibraltar, Tanger, y de regreso por Granada, Zaragoza y Barcelona. Al año si-

guiente, en compañía de su mentor Monsieur Voldoir —que luego será el Jean Martin de Barnabooth— visita Lieja, Colonia, Berlín, San Petersburgo, Cronstadt y Moscú. En 1900, luego de purgar en su tierra natal de Valbois un fracaso en el Liceo Louis le Grand, va a París a presentar sus exámenes para el bachillerato, fracasa también y se consuela con un viaje a Italia: Génova, Pisa, Roma, Nápoles, Florencia, Boloña, Rimini, San Marino, Venecia, el Lido, Milán y Turín.

Tras dolorosas crisis interiores, logra independizarse de su familia y el manejo autónomo de su fortuna. Hace varios viajes a Inglaterra en donde vive largas temporadas. Comienza a hacerse conocer en las letras e inicia esa incansable labor de traductor y descubridor de valores extranjeros desconocidos o mal difundidos en Francia. En mengua de su propia obra de creador originalísimo, se ocupará por años en traducir al francés la obra completa de Samuel Butler, de hacer conocer a Ramón Gómez de la Serna, Gabriel Miró, Walt Withman, José Asunción Silva, Mariano Azuela, Gerard Manley Hopkins, James Joyce, Ricardo Güiraldes, Alfonso Reyes y muchos más. Dos tomos de su obra están consagrados a reevaluar o descubrir nuevos nombres, el título que comparten es bastante larbaudiano: *Ese vicio impune, la lectura*, un tomo se subtitula *Dominio Francés* y el otro *Dominio Inglés*. El material de un *Dominio Ibérico* quedó desparramado en otros libros. Asombra hoy día contemplar ese gigantesco trabajo, que le dejó tiempo todavía para seguir viajando, leer sus clásicos latinos preferidos, reunir la colección más completa que se conoce de soldaditos de plomo y ocuparse largamente de esos países minúsculos de Europa que tanto le atraían: San Marino, Andorra, Lichtenstein, Montenegro. En agosto de 1935, cae fulminando en el jardín de su casa por una congestión cerebral que lo priva de la palabra y del movimiento. Durante 22 años arrastrará una existencia casi vegetal, con pequeños intervalos de alguna lucidez, hasta morir tranquilamente en 1957, en medio de una Europa, de un mundo que se había esmerado en destruir torpemente todo lo que fuera para Valery Larbaud la única razón de existir: el culto sereno y agudo de la belleza, el respeto a la persona como individuo y como misterio insondable, el confort de los grandes expresos, un cordial humanismo paneuropeo y un perpetuo homenaje sin medida hacia las mujeres hermosas o dignas de serlo.

He querido pasar fugaz y sucintamente por esta vida llena de esencias y de riqueza cordial, precisamente para dejar que sea A. O. Barnabooth quien nos diga, a través de esa pudorosa tercera persona que son los personajes, cómo pensaba, cómo vivía o hubiera querido vivir y cuáles fueran las pasiones confesadas y secretas de Valery Larbaud.

Hagamos primero una breve incursión bibliográfica a fin de podernos escapar luego tranquilamente por el mundo y los días del que llamara una picante muchacha de su fantasía: "cet imbecile de Barnabousse".

Cuando en 1908 hace Barnabooth su entrada en el mundo literario, Valery Larbaud traía consigo la efigie desde hacía muchos años. Una idea vaga del personaje parece ser que nació en los tiempos de su infancia con la lectura del libro de Louis Bousenard *El Secreto del Señor Síntesis*, cuyo personaje principal es un hombre tan rico que puede de un día para otro comprar toda "la propiedad raíz del globo". Valery Larbaud leyó este libro cuando tenía nueve años y le llamó la atención el poder ilimitado del personaje. Igual sensación de sorpresa iba a tener a los quince años con la lectura de *La historia romana* de Victor Duruy, al descubrir la vasta omnipotencia de los jóvenes emperadores de la decadencia cuya extrema juventud disponía ya de un poder absoluto.

Por los mismos años un asunto aparecido en los periódicos vino a contribuir a la cristalización de sus reflexiones sobre el destino de ciertos seres al parecer privilegiados. El hijo de un petrolero multimillonario, Max Lebaudy, por no haber sido tratado a tiempo y dispensado del servicio militar, muere a los 23 años en el cuartel. El destino lamentable de este adolescente, víctima de su inmensa fortuna —la opinión de entonces hubiera tachado de favoritismo y corrupción cualquier esfuerzo por librarlo del servicio— impresionó vivamente a Larbaud, quien inclusive pensó en dedicar un poema al asunto.

Un viaje a Londres hecho por Larbaud en 1902, en compañía de un amigo que acababa de heredar varios millones, viene a

\* Conferencia dictada en la Casa del Lago de la Universidad Nacional Autónoma de México.

madurar por completo el personaje. Es entonces cuando Barnabooth adquiere presencia definitiva en el espíritu de este precoz turista de 18 años. El nombre del personaje resulta de combinar el de una localidad cercana a Londres, Barnes, y la marca Booth que distingue un consorcio farmacéutico ampliamente difundido en Inglaterra. Larbaud comenzó entonces a escribir sus *Charlas de sobremesa y anécdotas de A. O. Barnabooth*, texto del que casi nada permanecerá en las publicaciones posteriores y que corresponde más bien a un primer bosquejo necesario para la elaboración de un personaje definitivo. También en 1902 escribe un cuento que titula *El Pobre Camisero*, especie de parodia modernizada de los cuentos morales del siglo XVIII, en donde se fija ya la personalidad de Barnabooth. De 1902 a 1908, al abrigo de su gira por Europa entera y de sus largas estadas en el extranjero, Valery Larbaud madura casi todos los materiales que le servirán para componer la *Biografía*, el *Diario* y los *Poemas* de Barnabooth.

El 4 de Julio de 1908 aparece, en una edición privada de cien ejemplares, un volumen en el que Larbaud reúne las que llama "obras francesas del Señor Barnabooth" y que son *El Pobre Camisero* y los *Poemas*. A estos textos les precede una *Vida de Barnabooth* atribuida a X. M. Tournier de Zamble. En este libro no aparece nombre alguno de otro autor. La biografía utiliza los borradores antiguos a los que aludimos antes y en ella Barnabooth aparece como un "encantador joven de 24 años, de talla pequeña, vestido siempre con la mayor sencillez, delgado, de cabellos tirando a rojos, ojos azules, piel blanca y que no lleva ni barba ni bigote". Había nacido, dice Tournier de Zamble, en América del Sur en 1883 y adquirido la ciudadanía norteamericana en el estado de Nueva York. Larbaud mismo nació en 1881 y si la vida novelesca de Barnabooth no presenta ninguna analogía con la suya, no puede decirse lo mismo del carácter de este joven millonario igualmente apasionado por el arte, la literatura, los viajes y las mujeres. Barnabooth, citado por Tournier de Zamble, declara: "... Yo tengo todas las virtudes con excepción de la hipocresía" ... "Soy un patriota cosmopolita" ... "Es lástima para un poeta francés como yo el no saber francés. Bien sé que no soy el único, pero eso en nada me consuela" ... Este humor cercano al cinismo es un trasunto, amplificado, del espíritu irónico de Larbaud. En cuanto a los poetas preferidos por Barnabooth son los mismos que prefiere Valery Larbaud: entre los extranjeros Walt Whitman, José Asunción Silva, James Withcombe Riley, Hugo von

Hoffmansthal, y entre los franceses Rimbaud, Viéle-Griffin, Henri de Regnier, Francis Jammes, Claudel y Maeterlinck.

Los *poemas de un rico amateur*, como se titulan en esta primera edición, son en número de cincuenta y están divididos en dos partes: los Borborignos y Ievropa. Representan el resultado de las búsquedas de Larbaud hacia su intento de dar a conocer una obra que no sea una verdadera confidencia y que le permita crear un tipo de poeta exterior a sí mismo, por intermedio del cual expresará sus estados de alma permanentes, algunas de sus reacciones de viajero mezcladas con sentimientos e impresiones de su invención. El hombre de letras cosmopolita que escribe en francés, utiliza una manera prosódica hartamente libre y no teme mostrarse como discípulo entusiasta de Withman y de Wordsworth, así como de Rimbaud, de Corbière, de Laforgue y también de Ronsard.

La crítica recibe el libro con entusiasmo. Gide anota en su diario "Divertidos estos poemas de Valery Larbaud. Leyéndolos he comprendido que en mis *Alimentos terrestres* hubiera debido ser más cínico." Hablando de Valery Larbaud, Philippe decía a Ruyters: "Siempre es un placer leer a alguien junto al cual Gide parece pobre". En la *Nouvelle Revue Française* Gide hace el elogio del libro y critica la biografía por encontrarla un poco larga y sin embargo insuficiente.

Esta biografía desaparecerá en la siguiente edición y será reemplazada por un *Diario* que Valery Larbaud compone entre 1908 y 1913. Es ese año cuando aparece la nueva edición y esta vez la definitiva bajo el signo de la NRF y con título de *A. O. Barnabooth. Sus obras completas, o sean un cuento, sus poemas y su Diario íntimo*. Para seguir fiel con la ficción nacida en el libro anterior, Valery Larbaud se hace aparecer en éste como ejecutor testamentario de Barnabooth. Convención inútil por lo demás.

Barnabooth surge en este diario más humano, menos obviamente excéntrico. Sus poesías han sido sometidas a una poda rigurosa. Quedan reducidas a quince y muchas de ellas aparecen generosamente recortadas.

Hasta aquí la que pudiéramos llamar ubicación bibliográfica del personaje.

Ahora, para transitar por su vida y por los meandros complicados y a veces oscuros de su carácter, ningún guía más indicado que su propia obra. En ella hay un poema, a mi modo de ver el más eficaz en cuanto a la manifestación de sus principales claves. Se titula *Europa* —en la primera edición el título



"Este cosmopolitismo será un rasgo definitivo y definitivo de la obra larbaudiana"

había sido esclavizado como *Ievropa*— y tras una graciosa dedicatoria a su biógrafo Xavier Maxence Tournier de Zamble, Barnabooth describe cómo desde el trasatlántico que se aproxima al continente descubre el primer faro, girando como un demente:

Gira su cabeza flamígera en la noche, derviche gigante,  
Y en su vértigo de luz  
ilumina los caminos del campo, los setos de flores,  
la cabaña,  
el retardado ciclista, el coche del médico por las landas,  
y los abismos desiertos que cruza el paquebote.  
He visto el fuego girante y he callado.  
Mañana al desayuno las gentes del salón, subiendo al puente  
exc'amarán con entusiasmo "Tierra"  
y se extasiarán tras sus binóculos.  
Europa ¡entonces, eres tú! Yo te sorprendo en la noche,  
vuelvo a encontrarlos en vuestros lechos perfumados.  
¡Oh mis amores!  
He visto la primera y la más avanzada de todas tus luces.  
Allá, en esa breve esquina de la tierra  
roída toda por el océano que abraza islas inmensas,  
en los millares de repliegues de sus abismos incógnitos,  
Allá están las naciones civilizadas,  
con sus enormes capitales, brillando en la noche  
hasta teñir el cielo de un color rosa,  
aún sobre los jardines en sombra.  
Los suburbios se prolongan hacia las ralas praderas,  
los faroles alumbran las rutas que parten de la ciudad;  
los trenes iluminados se deslizan sobre sus rieles;  
los vagones restaurantes están llenos de gente a la mesa;  
los coches esperan en oscuras hileras  
la salida de los teatros, cuyas blancas fachadas se yerguen  
bajo la luz eléctrica, que silba en la lechosa  
incandescencia de los bombillos.  
Las ciudades manchan la noche como constelaciones.  
Las hay en la cima de las montañas,  
en el nacimiento de los ríos, en medio de las llanuras,  
y en las aguas mismas en donde reflejan sus fuegos rojos...  
"Mañana todos los almacenes estarán abiertos, alma mía!"

Europa ¡tú satisfaces esos ilimitados apetitos  
del saber, y los apetitos de la carne,  
y los del vientre y los apetitos indecibles  
y más que imperiales de los poetas,  
y todo el orgullo del infierno,  
(me he preguntado a menudo si no serías tú uno de los escalones,  
un cantón adyacente al infierno).  
¡Oh musa mía!, hija de las grandes capitales, tú reconoces tus  
(ritmos  
en el ronroneo incesante de las calles interminables.  
Ven, quitémonos nuestros trajes de noche y vistamos,  
yo este usado abrigo y tú un traje de lana,  
y mezclémonos con el pueblo que ignoramos.  
¡Vamos a los bailes de los estudiantes y las modistillas!  
¡Vamos a encanallarnos al café-concert!

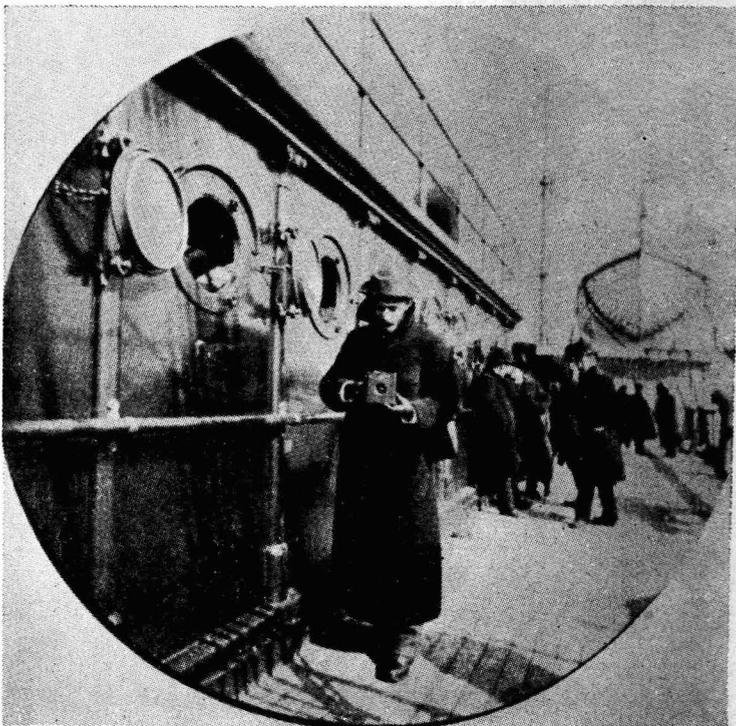
Esta nostálgica evocación de Europa y de los lugares que alberga amorosa la memoria del rico "amateur", junto con otras que veremos más adelante, nos revelan algunos de los más secretos resortes de Barnabooth. Se trata evidentemente de un americano, un americano que lleva en sí todas las sangres y la carga de todos los paisajes del nuevo continente; su padre era oriundo de Oswego, en un estado de la Unión Americana, su madre una bailarina australiana con la que casó en Chile el viejo Tycoon. Barnabooth nació en Campamento, cerca de Arequipa, en donde tenía su padre inmensos depósitos de minerales. De joven recibió esa educación tan característicamente americana en la que las humanidades, enseñadas por preceptores traídos de Europa, se combinan con la vida dura de la cordillera, el llano o la pampa y la fraternidad democrática con los peones y caporales. Europa será siempre para estos ricos herederos de América, que traen los sentidos despiertos y aguzados hasta el dolor, un denso y apacible recinto cargado de luces, de confort en donde la belleza se acumula metro a metro, a diferencia de las vastas extensiones americanas vacías, solitarias y, a la larga, tóxicas en su poder de disolver en el agua gris de sus grandes cielos los más sólidos puntales de la persona. Todo en Europa está a la mano, desde una catedral gótica hasta una finísima encuadernación en piel, desde un ávido lector de Teócrito, hasta la "poule de luxe" que conoce a fondo los impresionistas y los mejores vinos. Esta Europa que a la gran masa de sus habitan-

tes le es algo natural, vedado a menudo en sus más refinados placeres, es gozada en toda su intensa y capitosa esencia por estos americanos del sur y del norte que la invaden a fines de siglo. Entiéndase, de paso, que no hay referencia posible en todo esto a los días actuales, hablamos de un pasado hace tiempo enterrado, de un pasado que sepultó sus últimos testigos en el barro del Marne y entregó sus entrañas a la metralla de Verdún. No hay paralelo posible, ni comparación que valga con los días que siguieron.

Decíamos que Barnabooth ve a Europa como un extranjero que la ha hecho suya ("vuelvo a encontrarlos en vuestros lechos perfumados. ¡Oh, mis amores!") hasta conocerla como no pueden hacerlo ya sus cansados habitantes confundidos entre un lumpen-proletariat que crece y muere de hambre y una burguesía desaforada que no encuentra salida ni razón a su existencia. Hay en Barnabooth otro rasgo enteramente americano; definitivamente criollo, su debilidad por los objetos de lujo, su sensibilidad desaforada por lo muelle, por lo probado por los siglos, por la luz tamizada ya sea de Londres o Florencia, un agarrarse a las cosas como tablas de salvación de la memoria, como faros que luchan contra la oscura invasión de la tumba. Las cosas se convierten en testigos permanentes de un pasar de los días, que saben guardar un cierto aroma peculiar, un determinado juego de luces y, que los hace memorables. Pero este que pudiéramos llamar fetichismo estético, no tiene límites y cuando se tiene el poder ilimitado de un Barnabooth que todo puede comprar y hacer suyo, que tiene su vagón de lujo uncido a los grandes expresos europeos, se llega entonces a encontrar en las cosas que nos sirven, esas secretas voces que los europeos de otros tiempos escucharon en la armonía de la piedra, en el ritmo mesurado y desvaído de un paisaje o en la palabra escondida con sabiduría milenaria; es por eso que Barnabooth puede escribir esta Oda a los trenes de lujo:

Prés'ame tu fuerte ruido, tu viva marcha tan suave,  
tu deslizamiento nocturno a través de Europa iluminada,  
¡oh tren de lujo! y la angustiada música  
que zumba a lo largo de tus pasillos de cuero dorado,  
mientras detrás de las puertas laqueadas, con picaportes  
de macizo cobre, duermen los millonarios.

Recorro canturreando tus pasillos  
y sigo tu carrera hacia Viena y Budapest,  
mezclando mi voz a tus cien mil voces,  
¡oh Harmonika-Zug!  
Por primera vez sentí toda la dulzura de vivir  
en una cabina del Nord-Express, entre Wirballen y Pskow.  
Nos deslizábamos a través de praderas donde pastores  
al pie de grupos de grandes árboles, semejantes a colinas,  
estaban vestidos con pieles de corderos saladas y sin curtir...  
(Las ocho de la mañana en otoño, y en la cabina de al lado  
cantaba la hermosa cantante de ojos violeta).



"que alberga amorosa la memoria del rico amateur"

Y vosotros, anchos ventanales, a través de los cuales vi pasar  
Siberia y los montes del Samnium,  
Castilla áspera y sin flores y el mar de Mármara bajo una lluvia

(tibia,

prestadme, oh Oriente Express, Sud-Brenner-Bahn, prestadme  
vuestros maravillosos ruidos en sordina y  
vuestras vibrantes voces de prima de violín;  
prestadme la respiración ligera y fácil  
de las locomotoras altas y esbeltas, con movimientos  
tan fáciles, las locomotoras de los rápidos,  
que preceden sin esfuerzo a cuatro coches amarillos,  
con letras de oro,  
en las soledades montañosas de Serbia  
y, más lejos, a través de Bulgaria llena de rosas.

¡Ah! es necesario que esos ruidos y ese movimiento  
entren en mis poemas y digan  
para mí mi vida indecible, mi vida  
de niño que no quiere saber nada,  
sino esperar eternamente cosas vagas.

Barnabooth lleva a Europa, además, otra noción absoluta y por entero nueva para los europeos: su conducta democrática, semejante en mucho a la de los antiguos griegos, esa noción Withmaniana de fraternidad que le permite alternar con la más exclusiva nobleza serbia o prusiana con una naturalidad y un señorío que esta clase va perdiendo, a tiempo que comparte sus placeres con el pueblo y aprende a vivir en su entraña con la misma espontánea sencillez. Un día —y esta anécdota pertenece al primer borrador de Barnabooth— un actor en desgracia acude a él, diciéndole: “Yo soy un artista”. “Y yo —contesta Barnabooth— yo soy un burgués”, y ordena que le pongan en la puerta. Otro día le pregunta a la sobrina del administrador y curador de sus bienes, una bella rubia de 16 años: “¿Eres honesta?” — “¡Señor, por favor!”, contesta la muchacha. — “Hacemos Hamlet, ¿no lo ves pequeña?”, responde el millonario riendo y agrega: “No quiero las mujeres honestas, sólo los hijos de... valen algo”. Es por eso que no hay snobismo cuando Barnabooth frecuenta príncipes, ya que para él sólo interesan como seres, desde luego, dueños de un poder y de una educación que le atraen por su propia virtud y no porque estén unidas al prestigio de un nombre. De la misma manera cuando trata burgueses o gentes humildes va con ellos al grano, sin afectada sencillez y sin condescendencia. Pero no debe confundirse jamás este aspecto democrático en la relación personal con el que cunde y se desprestigia hoy miserablemente en la política. Barnabooth es democrático cada vez que entra en contacto con otro ser. Cuando se trata de la multitud, de la opinión pública, del bienestar de la mayoría, Barnabooth, un buen americano nacido cerca del Ecuador, evita de inmediato a la bestia de mil cabezas, la teme y la desprecia y se convierte en el más aislado y aristocrático de los solitarios.

Otro aspecto enteramente americano de Barnabooth es su desmesurado sentido del espacio, su conocimiento, dominio y provecho de las grandes extensiones. Recorrer en su vagón de lujo unido al Orient-Express el camino de Estambul hasta Estocolmo, viajar en su yate desde Valparaíso hasta Cádiz o desde Kopenhavn hasta Bangkok, no es para él el periplo desmesurado y novelesco que sería para cualquier europeo, sino un viaje más para calmar sus nervios, olvidar una irascible amante toscana o devolver la visita de un amigo. No olvidemos que el gaucho que viaja desde el interior de la Pampa hasta Buenos Aires, o el sembrador de Matto Grosso que va hasta Río, o el llanero que viaja hasta Caracas o Bogotá, o el *bussinesman* que va de San Francisco a Chicago, recorren un espacio en el que caben tres o cuatro países de Europa. En otro fragmento de su poema “Europa” el millonario peruano rumia sus itinerarios:

En Colombo o en Nagasaki yo leo los Baedekers  
de España y Portugal o del Imperio Austro-Húngaro

Y más adelante:

Y vosotros puertos de Istria y de Croacia  
costas dálmatas en verde, gris y blanco puro...

Sólo los grandes espacios pueden apaciguar algo la sangre contradictoria y las noches de insomnio de este “buscador de lo absoluto”, que urge en Europa como quien busca de prisa, en un cofre que guarda los antifaces de una fiesta olvidada, aquel que va a cubrirle esa parte del rostro por donde se le están



“un cierto aroma peculiar, un determinado juego de luces”

revelando los lentos desgarramientos interiores que nunca le permitirán paz ni sosiego.

Y es que hasta aquí hemos evocado únicamente algunos atributos exteriores, los más evidentes y los que forman la armadura circunstancial del personaje y a los que él mismo alude cuando se ofrece como esposo a la muchacha inglesa que bailaba en el Savonarola y llevaba una vida algo más que escandalosa: “Mi nombre es Archibaldo Orson Barnabooth, de Campamento; tengo veintitrés años y una renta anual de cerca de diez millones ochocientos sesenta mil libras esterlinas. Mi familia, originaria de Suecia, se estableció a principios del siglo XVIII a orillas del Hudson. Mi padre, aún joven, emigró a California, luego a Cuba y finalmente a Sur América en donde hizo fortuna. Soy huérfano, sin hermano ni hermana, absolutamente libre de vivir donde y como quiera. Gozo, por lo tanto, de amplios medios de vida, de una absoluta independencia y pertenezco a una familia honorable...” Sobre tan escuetos datos Larbaud ofrece la historia de un hombre. Hubiera sido un pasatiempo literario muy ingenuo para tan avisado conocedor como él dejar a la fantasía tejer sobre las posibilidades de la inmensa fortuna de Barnabooth y el cruce pintoresco de sangres y paisajes que chocaba en sus venas. La otra cara, el hondo pozo sin esperanza por el que se precipitan los días del hombre, se nos revela desde las primeras páginas del diario del rico “amateur.” Ha llegado a Florencia desde Berlín. “Estoy hace cuatro horas —anota en la primera página— en esta curiosa ciudad americana, construida en el estilo del Renacimiento Italiano y en donde hay demasiados alemanes”. Barnabooth acaba de vender todas sus propiedades, incluido su yate, sus automóviles, sus villas. A los 23 años desea ya ser eso que con tanta intención llama “un hombre libre” y su inmensa fortuna es el primer obstáculo que se le presenta para lograrlo. En Inglaterra ha vendido sus caballerizas y lo esperan en vano, en las verdes praderas de Warwick sus compañeros de polo, los Santa Pau, Pablo Barnero, Ladislao Sáenz, José María O'Rourke, los Peña-Tarrat. Barnabooth ha roto con su pasado de suramericano multimillonario y mundano y está tratando de cumplir con la experiencia de ser un hombre, desasido del asfixiante tejido de compromisos en que lo tuviera preso su clase, su civilización y su juventud. Y a medida que avanza el diario vamos asistiendo a este encuentro del joven peruano con su propia y temprana madurez. Poco a poco nos vamos dando cuenta de que Barnabooth “ya sabe”. Ya sabe que las grandes pasiones desembocan y se esfuman en

ese usado y variable instrumento que es el hombre; ya sabe que detrás de toda empresa al parecer perdurable, de toda obra nacida del hombre, está el tiempo que trabaja tenaz para llevarlo todo al único verdadero paraíso posible: el olvido; sabe que nunca podrá comunicarse con otro ser, ni esperar de persona alguna esa compañía que tanto anhela, porque cada uno lleva consigo su propia, incompatible y turbulenta carga de sueños. Barnabooth ya sabe todo esto y cuando accede al diálogo lo sostiene a sabiendas de que es un juego con cartas marcadas, en el que cada uno juega su propio juego sin querer ni poder parar mientes en el de su contrario.

Entonces el *Diario* es simplemente el testimonio de cómo, a medida que ese conocimiento de Barnabooth va haciéndose más sólido y va penetrando zonas más profundas de su conciencia, en igual medida va él desligándose del placer superficial y exquisito de gozar esa Europa que se precipita hacia Sarajevo con sus complicados juegos mundanos y sus grandes expresos de lujo. Oigámoslo increpar al viejo continente:

“Yo soy un colonial. Europa nada quiere conmigo nunca será en ella otra cosa que un turista. Tal es el secreto de mis iras. Porque todavía hay en Europa países en donde la riqueza, que es una fuerza respetable, es respetada, y en donde los empleados de las tiendas en plan de estetas y de ruskinismo, no se befan aún de los ricos. Tenemos nuestra antigua casa, con su humilde fachada blanca dividida en cuadros por las viejas vigas oscuras: Inglaterra. Y existe la santa España de grandes iglesias doradas. Y a ellas venimos, nosotros los coloniales, como si el descubrimiento hubiera ocurrido hace unos días. Venimos plenos de recuerdos de las guerras indígenas, de la llegada de los Padres Peregrinos, del desembarco de Villegagnon en la bahía de Río y de los ‘Old Thirteen’. Todo esto ayer.

“¡ Ah!, sentarse a la mesa de la gran civilización; ver al Papa, a los Reyes, a los Obispos asistir a la ceremonia de creación de nuevos caballeros, a las misas pontificias, a la entrada del Lord Alcalde de Londres!, y tocar las columnas del Partenón, las ruinas romanas de Nimes y de Pola, los pilares de las catedrales góticas, los tréboles emplomados de los vitrales de las casas Tudor!

Después del episodio con Florrie Bailey, la bailarina de café concert a quien se ofrece en matrimonio y ante el asombro de ser rechazado por la vigorosa razón y buen sentido de la joven prostituta, averigua que ella forma parte del grupo de espías que vigilan cada paso suyo por instrucciones de su curador Cartuyvels. Barnabooth deambula por las calles de Florencia noches y días, sin regresar a su hotel, hasta que topa de manos a boca con su automóvil de lujo que vendiera hace un año a su amigo el marqués de Poutuarey. Sube al coche y cuando va a arrancar, el marqués sale de una casa galante y estrecha en sus brazos al amigo que se desmaya de hambre y cansancio en los mullidos cojines de la Vorace. Al día siguiente parten hacia San Marino. El retrato que hace Barnabooth de Poutuarey indica ya cómo ha aprendido a juzgar a los hombres sin rencor, pero sin esperanza. Ante la expresión de amistad cordial que le depara el marqués en un momento del diálogo, Barnabooth anota: “Poutuarey piensa que es halagador poder tratar de ‘mi querido amigo’ al hombre más rico del mundo. Me gusta esta vanidad humilde de las gentes que se muestran orgullosas de sus relaciones, de su dinero, de sus títulos nobiliarios, de su saber, de sus talentos. Lo encuentro conmovedor, yo que sufro por haber alcanzado el centro de la indiferencia y ver que las gentes gustan dejarse engañar por las apariencias de la vida. ¿ Hay, pues, hombres lo suficientemente ingenuos como para, siendo nobles, despreciar a quienes no lo son? ¿ Siendo sabios, creerse superiores a los ignorantes? ¿ Siendo ricos, creerse por encima de los pobres? ¿ Quién tuviera, ¡ ay!, la frescura de alma de estos inocentes! Ser el abarrotero que detesta de todo corazón al abarrotero de enfrente, o el rico negociante retirado que se muere de ganas por ser recibido en casa de su vecino el hidalgo, o el hombre de letras que se cree importante porque hablan de sus libros. Pero, por otra parte, ¿ no es también conmovedora la gran vanidad del orgullo que me invade al sentirme superior a todas estas pequeñas vanidades?” Estas o iguales reflexiones se irán sucediendo, cada vez más a menudo, en el diario del rico *amateur*. Su viaje con el marqués a San Marino y a Venecia. Su visita luego a Moscú, Sergio y San Peterburgo. Su paso por Copenhague y su estancia en Londres, son un lujoso peregrinaje por gentes, ciudades y paisajes que fueron todo para él y de los cuales se va despidiendo para siempre, con anticipada nostalgia de quien no volverá a verlos nunca. En Londres, Barnabooth se casa con una paisana suya, Conchita Yarza. Ella y su hermana habían sido educadas en los mejores colegios de



“cometo un error al condenar en bloque todo mi pasado”

Inglaterra, por un capricho y un romántico impulso del joven multimillonario, que había recogido las dos huérfanas y se hiciera cargo de ellas, con el secreto designio, confiesa, de casarse con una de las dos. Y llegamos a las últimas páginas de su *Diario*, que nos muestran en toda su evidencia los secretos resortes de Barnabooth: Dicen así:

“Londres 8 de Enero.—Me doy cuenta de que cometo un error al condenar en bloque todo mi pasado. Aun en los años peor empleados, encuentro algunas acciones de las cuales aún puedo felicitar me. Por ejemplo: Cuando, habiendo recogido a las señoritas Yarza, me propuse que fueran instruidas y educadas con todo cuidado, ya entonces pensaba que una de ellas pudiera ser para mí una agradable compañía.

“Es más, había contemplado la posibilidad de mi matrimonio con Concha. Pero ora lo consideraba como una derrota, ora como una solución extrema. Yo era el típico hombre que se resigna a carse con su amante. El mundo no iba a examinar si Concepción Yarza era o no mi amante.” Se casó con una de esas muchachas a quienes sostenía: “Escuchaba ya decir a uno de mis conocidos, con ese tono artificial de ciertos grupos. Era precisamente una de esas cosas que no debían haberme sucedido. Mi matrimonio, por el contrario, debía ser un golpe maestro que superase todo lo que la gente de mi mundo pudiera prever. Me colocaría definitivamente en la gran aristocracia europea. Yo soñaba con la corona de Lady Barnabooth de Briarlea. En otras ocasiones mi matrimonio con Concepción Yarza adquiriría un valor simbólico. La antigua idea pueril, la necesidad de ‘reparación social’, entraba en juego. Qué desafío lanzado a mi mundo, ¿ cómo explicar mejor a todas las jóvenes de la aristocracia de sangre y de dinero, el caso que yo hacía de ellas?

“Cuán tímido era entonces, cuán preocupado por la opinión, aun en mi propia rebelión contra ella. El gran signo por el cual conozco que me he despojado de la antigua tontería, es que cuido —al fin— de gustarme primero a mí mismo. Presiento que voy a ser feliz; ¿ debo confesar que aún vacilo en serlo?

“No continuaré con mi *Diario*, lo escrito hasta aquí estará mañana en la noche en París, en donde será publicado, poco me importa cómo y cuándo, con una nueva edición de mis *Borborgmos*. Es el último capricho que me pago. Mis amigos de Chelsea, me habían pedido, a manera de recuerdo, esas que llaman, sin reír, mis obras completas. Pues bien, las van a tener: desde Francia les enviarán el volumen. Pero lo que ellos piensen... eso me es igual. Publicando este libro me desembarazo



"vivirá la secreta miseria del exilio"

de él. El día en que aparezca será el mismo en que dejaré de ser autor. No reniego de él por entero: él termina y yo comienzo. No me busquéis en él; yo estoy en otra parte; estoy en Campamento, América del Sur.

"Acabo de levantar la cortina y de mirar a la noche. He visto el square que duerme, entre las rejas, sin movimiento ni color entre la bruma. He aquí las casas respetables que no abandonan jamás su dignidad, ni aun en su sueño. Y detrás de ellas la falsa jerarquía del viejo mundo, sus pequeños placeres sin variedad y sin peligro, cuántas emboscadas miserables me ha tendido, las brillantes carreras que ha propuesto a mi actividad: negocios, políticas, literatura... Me imagino si continuará escribiendo poesías en versos libres franceses, publicando de tiempo en tiempo una colección de pastiches del género de la Oda a Tournier de Zamble: *Ievropa*, o diluyendo mis impresiones de Italia.— Gracias a Dios ya no estoy enfermo y nadie me obliga a guardar cama. Otros poemas no aparecerán jamás.

"Pequeña feria de vanidades, dulzuras de Europa, muy pronto tomariais todo de mí, todo excepto lo que ofrezco con tanto amor: la sabiduría adquirida tan penosamente y mi espíritu de aplicación y obediencia. Qué bella calma en las pálidas fachadas con las cortinas corridas. Pero bien pronto habrán de despertar a su fea existencia: servidumbre y patrones. Y su respetabilidad considerará, con aire de altiva desaprobación, el desorden de mi partida. ¡Ah! cómo comprendo ese reproche: viejo mundo, nos separamos enojados. Y me siento tan ajeno a todo lo que aquí se hace, que bien pudiera quedarme si no hicieran tanta falta a mis ojos los Andes y las pampas. Viejo mundo, ¡olvidame como yo te olvido! comienzo a perder el hábito de pensar en francés. Mi lengua natal, poco a poco, al hablarla todos los días en familia, torna a ser mi lenguaje interior. Una a una se reaclimatan en mi espíritu esas palabras castellanas que me traen tantos recuerdos, los más oscuros y los más queridos, de los confines mismos de mi vida. Olvidame, Europa; arrastra mi nombre y mi recuerdo por el lodo. Ahí tienes tus monedas, recógelas, ¿quieres mi espolio, quieres mi honor? Me despojo como si fuese a morir y me voy, desnudo y contento...

"Cuatro de la mañana. Esperaré el alba. He encendido todas las luces de la casa y el papagayo al que la claridad ha despertado y que se agita en su jaula en la cumbre de una pila de valijas no cesa de hablar: "Loro... lorito. Lorito real..."

El Diario termina con un poema titulado *Epílogo*, que cierra para siempre la vida europea de hombre libre y las obras del rico amateur, dice así:

## EPÍLOGO

Con el blanco barniz de los estrechos pasillos,  
los techos bajos, el dorado de los salones,  
el piso que vibra en un secreto temblor  
y la oscilación del agua en las garrafas,  
comienza ya, aquí,  
antes de la partida y del oleaje, la nueva vida.  
Me acordaré de la vida europea:  
del pasado que sonríe recostado en los tejados,  
las campanas, el camposanto, las voces tranquilas,  
la bruma y los tranvías, los bellos jardines  
y las lisas y azules aguas del Sur;  
recordaré los veranos, las tormentas,  
el cielo malva con pozos de sol y el viento tibio,  
escortado de insectos, que pasa violando  
la tierna desnudez de las hojas,  
y al atravesar todos los setos y todos los bosques,  
canta y silba y en los parques reales, consternados,  
retumba,  
mientras que sobre la floresta, el árbol vampiro,  
el cedro, alzando sus negras alas, ladra.  
Recordaré ese sitio en donde el invierno  
se refugia en los meses de estío:  
esa morada de hielo y rocas negras y negros cielos,  
donde en medio del puro silencio  
se encuentran Germania y Roma.  
Ya sé que en breve  
volveré a ver ese otro lugar de aguas nuevas  
donde el Mersey, limpio al fin de ciudades,  
inmenso, lentamente ola por ola,  
se vacía en el cielo y en donde,  
primera y última voz de Europa, en el umbral de los mares,  
sobre su cuna de madera, en su jaula de hierro,  
una campana desde hace cuarenta años habla sola.  
Así mi vida, así el grave amor sellado,  
y la paciente plegaria, hasta el momento  
en que la muerte, con su mano de huesos  
ha de escribir... FIN

Y así se despiden Barnabooth de Europa y de sus lectores y torna para siempre a la vasta y virgen extensión de su patria andina. ¿Qué moraleja, si es que alguna hay, cabría deducir de esta historia? Muchas, tal vez tantas como lectores recorran sus páginas, como es el caso de todas las historias memorables. Permítaseme, entonces, enunciar la mía: Yo veo en la vida y las obras de Barnabooth un agudo tratado sobre el exilio. No valen al rico "amateur", ni la inmensidad de su fortuna, ni la agudeza de su ingenio, ni los goces que ambos le proporcionan al combinarse infinitamente en las sabias encrucijadas europeas. Siempre será Barnabooth un exilado, siempre lo hubiera sido, a no ser por el advenimiento de su madurez y con ella el descubrimiento de una verdad esencial: sólo podemos ser nosotros, sólo tienen nuestras palabras y las voces más secretas del alma una respuesta cabal y apaciguadora, en la tierra y entre las gentes que tejieran con nosotros los largos sueños de la infancia, allí donde al agua es el agua y en modo particular a nosotros nos habla, allí donde las altas montañas enredan el viento y lo precipitan en las grandes tormentas del trópico, allí donde una mirada es un diálogo permanente y nunca truncado, sólo allí nos será dado vivir sin la contradicción dolorosa de una sangre que reclama su suelo. Quien pretenda, por otros caminos, buscar en lo ajeno a su ser una razón permanente de vida, vivirá la secreta miseria del exilio. Barnabooth regresa a Campamento con una dulce y anticipada nostalgia de Europas, de la Europa de los grandes expresos, las altas catedrales y las ciudades iluminadas, pero sabe que esa nostalgia le hará más grato el encuentro y rescate de su tierra, la cual quiso olvidar y negar un día vanamente. Descubre que toda la fuente de su angustia insatisfecha, paseada por los grandes Palace y los mullidos cojines de su yate o de su vagón uncido a los expresos de lujo estaba en ser y permanecer un extranjero, en ser, como dijera Perse:

*Gente de poco peso en la memoria de estos lugares.*